

Publicado en La Nación, 25 de Julio de 2006

La guerra en Medio Oriente: el escenario y la posición argentina

Ante el inicio de una era mucho más peligrosa en la región

Irán emerge como la gran potencia

NUEVA YORK.- En los últimos días, mientras los cohetes estallaban entre los bares de Beirut y en las calles de Haifa, el mundo se ha quedado perplejo por la creciente ferocidad de la guerra entre Israel y Hezbollah. Pero igualmente sorprendente, para muchos, ha sido la manera en que el conflicto ha ilustrado los profundos cambios que están reconfigurando todo Medio Oriente.

Detrás de los cohetes de Hezbollah acecha el fantasma de un nuevo Irán desbocado, su protector y abastecedor. Israel, que esperaba lograr cierta paz después de su retirada de Gaza, se envalentonó y arremetió contra sus enemigos. Irak está en ruinas, y los Estados árabes parecen paralizados. En todas partes, vacilan los apoyos que mantenían la tenue estabilidad de la región, y soplan nuevos vientos de furia.

Sea cual fuere el resultado de la guerra, esta más amplia lucha por la dominación seguirá hasta el fin. De manera que surge el siguiente interrogante: ¿qué función ejerce Estados Unidos en este nuevo mundo explosivo? La democracia árabe tal vez sea un sueño remoto, pero aún hay mucho que ganar o que perder en la región.

El gobierno de Bush se ajustó a su libreto durante el ataque inicial de Israel y mantuvo un estudiado silencio: no negociamos con Siria e Irán. Eso lo dejó con poco margen de maniobra, y casi nadie con quien hablar.

Algunos críticos del gobierno subrayan las ventajas de negociar con Siria o Irán. Teherán en particular puede infligir dolor a las tropas norteamericanas y aliadas en Irak y en Afganistán y también a Israel. Pero no está claro si esas negociaciones podrían prosperar.

En todo caso, todos los países de Medio Oriente, después de ver cómo estalló en llamas el experimento democrático norteamericano en Irak, podrían ser ahora menos tratables para las potencias mundiales que tuvieron influencia en la región durante tanto tiempo.

"Mi impresión es que estamos viendo a Medio Oriente ingresar en una nueva era, en la cual las potencias extranjeras cuentan menos y los protagonistas locales - sean Estados, milicias o individuos- cuentan más", señaló Richard N. Haass, ex

director de planificación política del Departamento de Estado y actual presidente del Consejo de Relaciones Exteriores. "El cambio -añadió- podría hacer que las relaciones en la región se vuelvan más complejas e inestables durante largo tiempo."

Durante gran parte del siglo pasado, los extranjeros delinearon la política de la región. Todo eso cambió después del 11 de septiembre de 2001, cuando el gobierno de Bush adoptó un nuevo y audaz plan para transformar Medio Oriente promoviendo allí la democracia.

Pero al derrocar a Saddam Hussein, que durante su gobierno había mantenido a raya al vecino Irán, la nueva iniciativa norteamericana permitió que Irán quedara libre para asumir una función mucho más poderosa.

La transformación es la clave del actual conflicto en el Líbano. Para Arabia Saudita y otros Estados árabes sunnitas, el fantasma de una media luna chiita que abarca desde Irán hasta Irak y a los chiitas militantes de Hezbollah en el Líbano, es aterradora. No es sólo una cuestión de antiguas tensiones entre el islam chiita y sunnita. El status y la seguridad de la conducción árabe sunnita están en juego.

Por eso Arabia Saudita, junto a Egipto y Jordania, dieron un giro asombroso la semana pasada al condenar públicamente el ataque de Hezbollah contra Israel. Para Estados Unidos, parecería ser algo bueno: por una vez, los líderes árabes decían en público lo que apenas se animaban a susurrar en privado.

Pero la nueva instancia árabe quizá no sea muy valiosa. Antes que nada, los líderes son vulnerables al sentimiento de la gente en las calles, donde los ataques de Hezbollah contra Israel son enormemente populares. Y la voluntad de los autócratas árabes prooccidentales de ignorar o relativizar la furia de sus respectivos pueblos hacia Israel difícilmente respalde el más amplio proyecto norteamericano de promover la democracia en Medio Oriente. Pero ese proyecto ya se frustró en varios lugares, tras las elecciones de este año en Irak y los territorios palestinos.

La influencia de Irán

En tanto, Irán parece fortalecerse cada vez más. Ya logró un amplio apoyo entre las filas sectarias en diferentes países por su ayuda militar clandestina a Hamas, y por su promesa de dar 50 millones de dólares de apoyo a la Autoridad Palestina a principios de año después de que Estados Unidos y Europa declararon un boicot financiero.

El poder de Irán es ahora también evidente en Irak, donde el gobierno es encabezado por chiitas con estrechos lazos con la jerarquía religiosa iraní.

La influencia iraní tiene también ramificaciones económicas. "Si Irán surge como

un Estado más poderoso hará que otros Estados de la región, y potencias como Rusia y China, estén más dispuestos a cooperar con Teherán en materia energética a pesar de las objeciones norteamericanas", afirmó Flynt Leverett, un ex director de asuntos de Medio Oriente del Consejo Nacional de Seguridad y ex analista de la CIA.

A la luz de todo esto, algunos sostienen que Estados Unidos tiene pocas alternativas salvo abrir un diálogo. También es posible que esos acuerdos sean fantasías, o simplemente demasiado costosos.

Con tantos malos vientos que soplan en Medio Oriente -y el limitado éxito de los esfuerzos norteamericanos allí- retirarse de la región podría parecer el camino más tentador. Pero por el momento eso parece improbable, y no debido al petróleo o a los compromisos con Israel. "Aprendimos a partir de Afganistán que no podemos sencillamente dejar a un territorio explosivo librado a su suerte. Así que en cierta forma debemos perseverar", dijo Vali Nasr, un profesor iraní de la Escuela de Posgrado Naval de Monterrey, California.

Por Robert F. Worth
De The New York Times

Traducción: Luis Hugo Pressenda